PRIMERA PARTE.

DE LOS VARIOS LANCES QUE ACAECIERON A UNA Dama llamada Rosaura, y á su Amante Don Antonio Narváez, natural de la Ciudad de Córdoba; dase cuenta, como éste la descubrió en Sierra-Morena, por haber sacado de la corriente de un arroyo un guante de seda bordado de oro; y como la Señora dixo, que la guardaba un monstruo, que se fuese, porque lo haria pedazos: y como no quiso irse hasta que vino y lo mató. Con todo lo demas que verá el curioso y discreto Lector.

A Olvidar vanas memorias,
á divertir pensamientos,
á dar principio á mis ansias
(que es la verdad y lo cierto:).
salí pues una mañana,
quando abril de flores lleno
consuela con sus fragancias
los valles, montes y cerros.
Alegre me divertia
en la maleza, y saliendo
dándole vista á unos montes,
donde pasa un arroyuelo,
que en divertidos cristales
sirve á una selva de espejo,
y mirando á sus corrientes,
en una sombra me siento.
Al cabo de breve rato
que estaba sentado veo,
que baxaba por el agua
un guante, á quien yo de preste
le saqué de la corriente,
y sacudiéndole, veo,
que estaba todo bordado
de hebras de oro fino y terso,

y unas letras que decian:
soy de la hija de Venus.
Confuso quedé al mirarlo,
y discurriendo que el dueño
mas arriba quedaria,
y que era muger es cierto,
seguí la fresca corriente,
quando á pocos pasos veo,
que entretenida una dama
estaba con un pañuelo,
mojándolo en la corriente:
elado quedé y suspenso,
al ver tan rara belleza
sola en aquellos desiertos.
Ocultéme entre unos ramos,
donde vide por lo menos,
que era la dama de prendas,
y á medio vestir el cuerpo:
traia una manteleta
de muy rico terciopelo,
con un brial de damasco,
y de plumage un sombrero.
Levantóse en pie la dama,
dió una vuelta, y echó menos
el guante que yo tenia,
siguió la márgen de presto,
y llegando junto á mí,
yo salgo de entre lo espeso.
Elada quedó de verme,
y dixo: válgame el cielo!
si puede haber quien me ampare,
hágalo usted, caballero.
Yo la dixe: hermosa dama,
encanto de estos desiertos,
pasmo de estas soledades,
y de estas selvas lucero,
qué haceis sola en este sitio?
Y me dixo: caballero,
escucha, y te contaré
mi tragedia en breve tiempo,
porque estás en gran peligro,
y así digo lo primero,
como en Córdoba nací,
y es mi padre un caballero
tan noble, pues que venera
la encomienda de Carrero.
Tiene mi padre una quinta,
quatro leguas poco menos
de Córdoba en unos montes,
situada en lo mas espeso
de la gran Sierra-Morena,
y este es mi comun paseo.
Saliendo pues una tarde
alegre á tomar el fresco,
y llevando dos criados,
llegamos en breve tiempo
no muy lexos de la quinta,
quando de repente vemos,
que estaba junto á nosotros
un bravo animal sangriento,
un oso, cuya braveza
causaba terror al verlo.
Los tres caímos en tierra,
y quando volví en mi acuerdo,
me hallé en estas espesuras,
sin que tuviese remedio;
y para que me alimente,
me trae blancos y tersos
panales de miel y cera,
y con ellos me alimento.
Esto es lo que me sucede,
y ahora por Dios te ruego,
que te apartes del peligro,
porque si el bruto sangriento
en este sitio te halla,
te dará la muerte fiero;
ve á mi casa, y á mis padres
di el referido suceso.
Yo la dixe: hermosa dama,
qué bruto ni qué sangriento
animal será bastante
á librarse del incendio
ó rayo de mi escopeta?
y así si quieres que luego
te saque de este peligro,
sígueme, y no tengas miedo.
Tomándola por la mano,
sigo la márgen de presto,
y al cabo de breve rato,
vino el oso, y la echó menos,
y rastreando las huellas,
corrió el monte como un trueno:
nos divisó, y dió un bufido
el irracional tan fiero,
que se estremeció la selva,
y la dama en este tiempo
se quedó toda turbada,
y el irracional sangriento
para quitarnos las vidas
se fue acercando ligero,
encrespando la guedexa;
y asegurándome presto,
dándome licencia el muelle,
despidió el cañon soberbio
cinco saetas de plomo,
que al animal en el pecho,
sin respetar su braveza,
le abrieron cinco agujeros,
que por el menor la muerte
pudo anchurosa entrar dentro:
dió un bufido, y al instante
midió con su cuerpo el suelo.
Y volviendo en sí la dama
me echó los brazos al cuello;
bizarro joven, decia,
el ser tu esposa prometo
en pago de esta fineza;
yo le respondí: lo acepto.
Nos dimos palabra y mano
de esposos, y prosiguiendo,
me dixo: toma esta cinta,
que dias ha que la tengo
para el que fuere mi esposo,
y si no quieres creerlo,
ella dirá la verdad,
y quedarás satisfecho;
y el guante que mio tienes,
guárdalo, que en algun tiempo
podrá ser de que te sirva:
quédate en paz, dulce dueño,
y mira que no te olvides,
que á la quarta noche espero
en mi quinta en una rexa,
que tiene unos maceteros
de fragantes azucenas,
no haya falta, porque espero.
Y á breve rato en el monte
vimos venir con estruendo
nueve hombres de acaballo,
y la dama conociendo
á su padre y dos hermanos,
y otros de acompañamiento,
que la venian buscando,
me dixo: querido dueño,
conviene que ahora te apartes,
porque al primer movimiento
han de quitarte la vida,
y conviene de que á ellos
hagas fuga en este sitio;
ocultéme entre lo espeso,
sin ser visto de ninguno.
Llegaron en breve tiempo

los que vienen acaballo
con alegría y contento,
muy gozosos la abrazaron,
y de aquel sitio se fueron.
Yo me quedé en la espesura
confuso, triste y suspenso:
saqué la cinta de seda,
desdobléla, y un letrero
hallé en ella, que decia:
el que fuere de ésta dueño,
tambien será de Rosaura
esposo, queriendo el cielo.
Quedé alegre con la cinta,
y en breve á mi casa vuelvo,
y montando en el caballo
una tarde, quando Febo
queria ocultar sus luces,
vuelvo á buscar á mi dueño.
Dile pues vuelta á la quinta,
y allí me estuve encubierto,
hasta que la obscura noche
tendiera su manto negro.
A un arbol até el caballo,
porque no anduviera inquieto:
le eché porcion de cebada
en la capa, y con secreto
paseé toda la quinta,
llegué al referido puesto
del balcon, hice una seña,
y la dama con anhelo
salió al balcon y me dixo:
amante y querido dueño,
conviene de que esta noche
me saques, porque sé cierto,
de que mi padre me tiene
prometida á un caballero
de Madrid, esto no dudes.
Pero ó fortuna, y qué presto
me trastornaste en tu rueda!
pues un criado á este tiempo,
que me vió hablar con Rosaura,
entró adentro como un trueno,
dándole cuenta á su padre,
y al punto se previnieron,
los que estaban en la quinta,
ignorando yo el suceso:
dispáronme dos tiros,
pero dieron en el suelo
las balas, y yo animoso
me opuse con todos ellos;
dispáro tres caravinas,
y á uno quité los alientos,
hiriendo los dos hermanos
de la dama, y conociendo,
que era una cosa imposible
el seguir con el empeño
de llevarme yo á Rosaura,
me escapé de todos ellos.
Fui donde estaba el caballo,
monté en él pronto y ligero,
y á Córdoba di la vuelta,
pero como estaba ciego
en amores de Rosaura,
á cada instante mi pecho
se encendia en vivas llamas,
pensando en mi amado dueño.
Quise volver á buscarla,
y de cierto me dixeron,
como su padre agraviado
del referido suceso,
una noche la sacó,
no se sabe donde fueron.
Del modo que yo quedé,
considérelo el discreto,
que en otra segunda parte
daré fin á este suceso. FIN.

SEGUNDA PARTE.

DE LOS SUCESOS AMOROSOS DE Doña Rosaura y Don Antonio Narváez: dase cuenta, como fingió una carta para Madrid, y como se la traxo á Córdoba, donde se desposaron. Con lo demas que verá el curioso Lector.

YA dixe en la primer parte,
como quedé tan absorto
en Córdoba, sin saber
de Rosaura, y de este modo
adquirí algunas noticias:
sagaz, astuto y mañoso
solicité la amistad
muy estrecha con un mozo
de la casa de Rosaura,
y éste me refirió, como
á Madrid se la llevaron.
Aquí quedé pesaroso,
por saber ya que su padre
la prometió afectuoso
en Madrid á un Caballero.
A buscarla me dispongo,
y tomando de mi casa
doscientos pesos en oro,
y disponiendo el viage,
pronto en camino me pongo.
Salgo de Córdoba, y entro
en aquel espeso toldo
de la gran Sierra-Morena,
aquel pirámide bronco,
aquella torre de ramas,
aquel babél tan frondoso
de árboles, flores y plantas:
busco á Rosaura entre troncos,

loco y sin sentido digo:
montes, valles, sierras, monstruos,
aves que volais, decidme
con vuestros picos sonoros:
pasó por aquí Rosaura?
no me lo negueis piadosos.
No hallando á mi mal consuelo,
breve las jornadas corro:
entré en Madrid una tarde,
aquí quedé mas absorto,
por mirar en este sitio
gentío tan numeroso,
porque buscar á Rosaura
en sitio tan populoso,
era buscar una aguja
en ese salado golfo.
En fin pasé á una posada,
tomo quarto y me acomodo:
di principio á mis intentos,
exâminándolo todo.
Los balcones de palacio
registro mas cuidadoso,
pues como Rosaura era
encanto tan prodigioso,
me pareció que en palacio
depositarla era poco.
En Madrid gasté diez meses
de este referido modo,
sin saber en que parage
asiste la que yo adoro.
En fin pasé á despedirme
del Lucero prodigioso
de Atocha sagrada Reyna,
Madre de Dios poderoso:
entré en su templo una tarde,
y á su sagrado me acojo,
diciendo: sacra Princesa,
madre de los hombres todos,
si conviene que Rosaura
sea mi esposa, en vos pongo
hoy todas mis esperanzas,
pues que soy vuestro devoto.
Esta peticion la hice,
y de allí salí lloroso,
en ocasion que pasaban
dos coches, y cuidadoso
miro por las vidrieras
y en el uno reconozco,
y veo como á Rosaura:
aquí quedé muy gustoso,
parecióme que soñaba.
Sigo el coche presuroso,
y en breve tiempo llegaron
á un palacio suntuoso,
donde baxando del coche,
adentro se entraron todos.
Confuso quedé en la calle,
y preguntándole á un mozo,
que se entraba con las mulas:
diga usted, pues yo lo ignoro,
es de Córdoba una dama
que entró dentro? Dixo pronto:
verdad es lo que usted dice,
de Córdoba es, y ha poco
que vino acá esa señora;
mi señor es tio propio
suyo, y la tiene tratada
de casar con un famoso
caballero aquí en Madrid.
Vertiendo llanto mis ojos,
fui á mi quarto, discurriendo
arbitrios, trazas y modos,
para que sepa Rosaura
que estoy en Madrid, dispongo
lo mejor, que fue comprar
quatro cintillos de oro
muy ricos, y un cofrecillo
pequeñito y muy curioso,
metí dentro los cintillos,
y el guante que en el arroyo
perdió Rosaura, y la cinta
que ella me entregó á mi propio,
quando la encontré en el monte;
y resolviéndome á todo,
en el nombre de su padre
le escribí de aqueste modo:
hija Rosaura, permitan
los cielos tan poderosos,
el que estas letras te hallen,
como deseo yo propio:
en casa para servirte
quedamos todos gustosos.
Te envio quatro cintillos
muy ricos de fino oro,
y la cinta que me diste,
que te guardára yo propio.
Bien te acordarás, Rosaura,
del guante que en el arroyo
perdiste, tambien lo envio,
y todo lo lleva un mozo.
No dixe mas, y con esto
cierro la carta, y le pongo
la llave á mi cofrecillo,
tomé la calle y ansioso
llegué al postigo, y tocando,
al instante baxó un mozo,
y le dixe: caballero,
de parte de Don Antonio
de Carrero, que reside
en Córdoba, traygo un poco
de recado á una Señora
y allá me dixeron, como
asistia en esta casa.
Al punto respondió el mozo:
no se puede ver ni hablarla.
Yo le dixe: importa poco,
no necesito de verla,
ni hablarla tampoco; solo
dígale usté á esa Señora,
que si mañana á las ocho
no ha escrito carta, no puedo
llevarla, que me es forzoso,
el partirme yo á esa hora.
Respondió: lo diré pronto.
Tomó el cofre y lo entró dentro,
yo me despedí gustoso,
donde pasé aquella noche
revolviendo promontorios
de pensamientos, y el dia
vino con roxos asomos.
Llegué al postigo, y tocando,
con pasos muy presurosos
salió Rosaura, y con ella
salen otras seis ú ocho.
Elada quedó de verme,
el color le salió al rostro,
y me dixo: caballero,
sois de Córdoba? y respondo:
no señora, pero soy
de cerca de sus contornos,
y asisto para serviros
en el arroyo del oso.
Dixo Rosaura: ya he visto
ese sitio montuoso.

Pues dígale usté á mi padre,
que no sea perezoso
en executar lo escrito;
y con disimulo ayroso
me dió Rosaura una carta,
que decia de este modo:
aunque en nombre de mi padre
me escribes con tal rebozo,
el guante y la cinta dicen
que eres mi querido esposo.
Supuesto que me has buscado
tan atento é ingenioso,
has de saber, dulce dueño,
que mi tio cuidadoso
me ha tratado casamiento
con un caballero mozo
de aquí de Madrid, mas tú
has de ser solo mi esposo.
Para esta noche á las doce
vendrás, dueño mio, solo,
y en una rexa que tiene
dos palmos, estarás pronto
en hacer alguna seña,
que este es mi retiro propio;
y una cuerda de diez varas
has de traer, que es forzoso
baxar desde la azotéa,
y aunque el paso es peligroso,
atropellaré peligros,
porque tú seas mi esposo.
No dixo mas, y con esto
quedé, Señores, tan loco,
que llegué á no presumir
fuera mio tanto gozo.
Tocó el relox á las doce,
tomé la calle brioso
llegué al postigo, y tocando,
con presteza y alborozo
salió Rosaura, y me dixo:
amante y querido esposo,
recibe esta ropa, y dame
la cuerda, y se la dí pronto:
aseguróla, y baxando
con un denuedo animoso,
yo la recibí en mis brazos,
y marchamos de allí pronto.
Al logro de tanta gloria,
el placer note el curioso;
y al otro siguiente dia
diligente y cuidadoso
hallé un coche que pasaba
á Córdoba de retorno,
donde iba un caballero,
y una señora, gozosos
de haber un pleyto ganado,
nos recibieron gustosos,
y luego les refirió
Rosaura el suceso todo.
A su casa nos llevaron,
y quiso pasar él propio
á darle cuenta al Obispo,
y como padre amoroso
mandó que nos desposasen,
y fue obedecido pronto.
Compusiéronse las partes,
quedando todos gustosos;
y Don Antonio Narváez,
que es este su nombre propio,
pide perdon de los yerros,
pues confiesa no habrá pocos.

F I N.